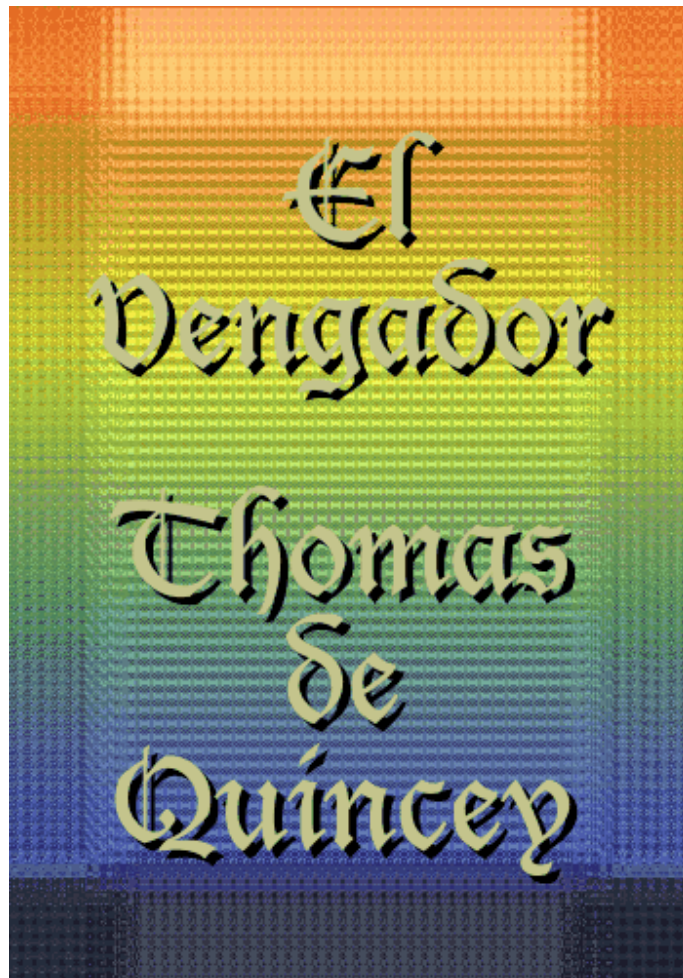


LIBRO dot .com

El vengador

Thomas de Quincey



LIBRO dot .com
<http://www.librodot.com>

“¿Por qué has de llamarme asesino, y no la ira de Dios ardiendo tras los pasos del opresor, y limpiando una tierra empapada de sangre?”

Aquella serie de espantosos acontecimientos por los que nuestra tranquila ciudad y universidad en la región noreste de Alemania fueran convulsionadas durante el año de 1816, posee en sí misma, aunque se la considere simplemente como un oscuro arrebatado de la pasión felina del humano, rondando sin cadenas entre los hombres, algo demasiado memorable para ser olvidada sin su propia y apartada crónica. Pero la lección moral generada por esos eventos es aun más memorable, y profunda atención merece por parte de las generaciones venideras en su lucha por el progreso de la humanidad, no sólo en su propio y limitado campo de interés directamente animado sino en todos los campos análogos; como de hecho ya, y en más de una ocasión, frente a similares eventos, esa lección ha obtenido la eficaz atención de reyes cristianos y soberanos reunidos en asamblea. Ninguna, ciertamente, de entre todas las penosas tragedias por las que la bondad del corazón humano o el hogar han sido ultrajados, puede ser más merecedora de un capítulo aparte en la historia privada de los modales o la vida social alemanes que este caso sin paralelo. Y, por otra parte, nadie mejor para reclamar el ser su historiador que yo mismo.

Era en aquellos tiempos, y continúo siendo, un profesor en esa ciudad y universidad que tuvieron la lúgubre distinción de ser su teatro. Estaba familiarizado con todas las gentes del lugar, y asimismo con quienes serían las víctimas y los victimarios. Me hallé presente desde el comienzo hasta el fin, presenciando absolutamente todo el curso de la misteriosa tormenta que arreció sobre nuestra devota ciudad con la fuerza de los huracanes del oeste de la India, y que en determinado momento amenazó seriamente con despoblar nuestra universidad merced a las oscuras sospechas nacidas entre sus miembros y la natural reacción de indignación general en su contra; mientras que la ciudad, en sus más sedentarias y nativas clases, muy pronto manifestaría su espantosa sensación sobre las cosas, sobre la horrenda inseguridad con que vivían y los inestimables peligros que socavaban los hogares bajo sus propios pies, haciéndoles sacrificar, cuando las circunstancias lo permitían, sus casas y hermosos jardines a cambio de días libres de espanto y noches limpias de sangre. Nada, digo sin miedo a equivocarme, dejó de hacerse, de todo aquello que la previsión humana sugiere o que en su ingenuidad puede conseguir. Mas vean el melancólico resultado: mientras con mayor seguridad ciertas determinaciones que atormentaron a la gente tenían en realidad el fin de constituirse como remedios para el mal, mucho más efectivamente ayudaron a fomentar el terror, pero sobre todo el pánico, la sensación de misterio, cuando diez casos de total exterminio infligidos a distintos hogares tuvieron lugar, en cada uno de los cuales tales curas precautorias no proporcionaron el menor auxilio. El horror, el completo frenesí de temor que se apoderó de la ciudad luego de tales sucesos, impide cualquier intento de describirlo. Estos muchos artificios fallaron sólo en algún humano e inteligible modo, como el de llevar esa ayuda demasiado tarde -con todo, en esos casos, aun cuando el peligro hubiese sido no menos profundo, nadie habría sentido mayor misterio, desde un principio, respecto de qué rondaba entre ellos y sobre los

motivos de sus asesinos. Pero, sin embargo, cuando ante diez casos distintos de exterminio la desconcertada policía luego de investigar intensamente, día tras día, y casi hasta agotar su paciencia con cada detalle de la pesquisa, declaró finalmente que al parecer no hubieron atentados, que ninguna de las pistas se movían en esa dirección, entonces, luego de ese resultado, una oculta miseria hija del temor se apoderó de la población, mucho peor que la angustia de cualquier ciudad que aguarda la tormentosa furia de un enemigo victorioso; en cuanto lo sombrío, lo incierto, lo infinito, es siempre más poderoso al tomar dominio de la mente que un peligro conocido, mensurable, palpable y humano. La misma policía, en lugar de procurar ánimo y protección, fue víctima de un terror por su propia suerte. Y el sentir general, tal como me fue descrito por un circunspecto ciudadano al que conocí en una caminata matutina (gracias al sobrecogedor sentimiento de una calamidad pública que rompió todas las barreras de la reserva, y ocasionó que los hombres se hablasen libremente unos a otros en las calles, como también lo hubieran hecho durante los temblores de un terremoto), fue, aun entre los más osados, similar al que en ocasiones se apodera de la mente en sueños -cuando uno se siente a sí mismo durmiendo solo, ajeno totalmente a cualquier llamado telefónico o voces de amigos, puertas abiertas que deberían estar cerradas, o puertas sin seguro que deberían tenerlo triple, las propias paredes desaparecidas, barreras tragadas por desconocidos abismos, nada alrededor de uno más que débiles cortinas, y un mundo de noche ilimitada, murmullos en la distancia, correspondencia intercambiada en la oscuridad, como un profundo llamado, y el propio corazón del soñador el centro desde donde toda esa red de inimaginable caos fluye, debido a lo cual las meras *privaciones* de silencio y oscuridad se vuelven los poderes más *absolutos* y espantosos.

Agentes del temor, entre tantos otros sentimientos, y sobre todo de la pasión compartida entre miles y en la cual el corazón late en consciente armonía con una ciudad entera, a través de todas sus regiones altas y bajas, jóvenes y antiguas, fuertes y débiles; estos agentes aprovechan para acrecentar y transfigurar las naturalezas de los hombres; mentes indignas tornándose sublimes; hombres torpes volviéndose elocuentes; y cuando la realidad alcanzó semejante crisis, el sentimiento general, dado a conocer mediante voces, gestos, conductas o palabras, fue tal que ningún extraño podría jamás representarlo a su antojo.

En este sentido, por lo tanto, conté yo con la ventaja, hallándome por encima de la escena a través de todo el devenir del asunto, para ofrecer una fiel narración; mientras, al mismo tiempo, adquiriría mayor eminencia dada la suerte de situación central que yo ocupaba respecto de todos los movimientos del caso. Debo agregar que tuve otra ventaja que, al menos en el mismo grado, ningún otro habitante de la ciudad poseía. Fui personalmente presentado a cada familia, incluso a las de menores recursos, que formaba parte de la población residente; tanto de entre la más antigua gente local como de los nuevos pobladores, a quienes las más recientes guerras habían llevado a refugiarse entre nuestras paredes.

Fue en septiembre, en 1815, cuando recibí una carta del Secretario en Jefe del Príncipe de M***, un noble conectado con la diplomacia de Rusia, de la cual cito un extracto: “Deseo, en resumen, entregar a su cuidado, y con una aplicación en ello mayor que mi propia capacidad de transmitírselo, a un joven hombre por quien el propio Zar, se conoce privadamente, a expresado enorme interés. Él participó de la batalla de Waterloo como un *aide-de-camp* de un Oficial General holandés, y lo engalanan varias distinciones obtenidas luego de ese nefasto día. Con todo, aun habiéndose desempeñado en aquella ocasión bajo

órdenes inglesas, y siendo un inglés de rango, él no pertenece al servicio militar inglés. Ha servido, joven como es, bajo *varias* banderas, y bajo la nuestra en particular en la caballería de nuestra Guardia Imperial. Es inglés de nacimiento, sobrino del Conde de E***, y presunto heredero de sus inmensos bienes. Circula una extraña historia acerca de que su madre fue una gitana de notable belleza, lo cual explicaría en parte ese aire moruno en su aspecto; pero, en definitiva, *ello* no le representa rasgos mucho más acentuados que los que he visto entre tantos otros hombres ingleses. Él es una de las criaturas de Dios de más noble apariencia. Su padre y su madre, de todos modos, ahora se hallan muertos. Desde entonces se ha vuelto el favorito de su tío, quien lo retuvo en Inglaterra luego de que el emperador partiera; y como este tío se encuentra ahora en la fase final de su enfermedad, la sucesión de los vastos bienes familiares del Sr. Wyndham es inevitable y probablemente muy próxima a efectuarse. Mientras tanto, él está ansioso por recibir alguna asistencia en sus estudios. Intelectualmente, se encuentra entre las más altas esferas del hombre, algo que, estoy seguro, no tardará usted en descubrir; pero su largo servicio militar y el tumulto sin paralelo de nuestra historia europea desde 1805, han interferido (como usted podrá imaginar) en la cultivación de su mente; pues se incorporó al regimiento de caballería de un poderío alemán siendo apenas un niño, y cambió de servicio en servicio según el huracán de la guerra soplara de un sitio u otro. Durante la anábasis de Francia a Moscú entró en nuestro servicio, se convirtió en un prodigioso favorito de toda la familia imperial, y aun en este momento se halla recién en su año número veintidós. Sobre sus logros, ellos hablan por sí mismos; son infinitos y aplicables a cualquier situación de la vida. Griego, eso es lo que desea de usted; no pregunte sobre plazos. Él sabrá reconocerle cualquier inconveniente que pudiera ocasionar, pues esa es su forma de ser. Y dentro de diez años podrá usted ver hacia atrás con orgullo por haber contribuido con su parte a la formación de alguien a quien todos aquí en San Petersburgo advierten, no sólo soldados sino también diplomáticos, ciertamente como un futuro gran hombre y un líder entre todos los intelectos del cristianismo.”

Dos o tres cartas siguieron a ésta, y finalmente se arregló que el señor Maximilian Wyndham residiría en mi casa monástica por el lapso de un año. Tendría su mesa y una dotación de sirvientes, por su propia cuenta; un departamento con aproximadamente una docena de habitaciones; el uso irrestricto de la biblioteca; entre algunos otros privilegios públicos complacientemente concedidos por la magistratura de la ciudad, por lo cual me pagaría a cambio la cifra de mil guineas; y sin tardar, por adelantado, como muestra de agradecimiento por las cortesías públicas de la ciudad, envió a través de mis manos una contribución de trescientas guineas a las muchas instituciones locales para la educación de los pobres o de caridad.

El Secretario Ruso intercambió posteriormente correspondencia conmigo desde un pequeño pueblo alemán, a no más de ciento sesenta kilómetros de distancia; y, puesto que disponía de mensajeros especiales, las negociaciones avanzaron tan rápidamente que todo fue resuelto antes de finalizar Septiembre. Y una vez sellado ese acuerdo, yo, que hasta el momento no había pronunciado una sílaba acerca de lo que estaba sucediendo, ahora daba libertad a las interesantes noticias, y consentí su expansión a través de toda la superficie de la ciudad. Será fácil imaginar que semejante historia, lo suficientemente romántica ya desde su primer esbozo, merecía ser relatada. Un hombre inglés, para empezar, cuyo nombre es en sí mismo un pasaporte al amparo alemán, pero mucho más desde las últimas memorables guerras que, mientras que para los hombres ingleses significaran languidecer

en esfuerzos inconexos, él, por su lado, era un inglés de rango y de la alta nobleza, un soldado cubierto con brillantes distinciones y en la más brillante forma de servicio. Joven, además, y por su experiencia ya un veterano -fresca, por la más espantosa batalla en este planeta desde el día de Pharsalia-, radiante con el favor de cortes y damas imperiales. Finalmente (que por su sola cuenta despertaría un interés por él en todos los corazones femeninos), un Antino de intachable belleza, como una estatua griega a la que la vida hubiese sido soplada dentro por un moderno Pígmalión. Semejante pompa de regalos y dotes adornando la cabeza de un solo hombre, no debía de tener como solo fin la consumación vulgar (y, aun así, en gran medida esta *sería* la única consumación y corona de todo) de que su destino fuera ser rico más allá de los sueños románticos o las necesidades de un cuento de hadas. Sin igual fue la impresión nacida sobre nuestra aletargada sociedad; cada lengua se ocupaba de discutir de la mañana a la noche sobre el maravilloso joven inglés; cada fantasía femenina se ocupaba de representar el aspecto personal de esta vistosa aparición.

Con su llegada a mi casa, me torné sensible a una verdad que yo ya había observado algunos años atrás. La máxima, hecha lugar común, dice que es peligroso crearse muy altas expectativas. Esto, que así es expresado en forma general, y sin ninguna limitación, es una verdad condicionada: lo es sólo en ese momento y lugar donde existe poco mérito sobre el cual sostener y justificar esa expectativa. Pero en cualquier caso en que el mérito posee determinada trascendencia, siempre es útil llevar la expectativa a su punto más alto. En todo aquello que tome parte del infinito, las más ilimitadas esperanzas hallarán buen lugar para satisfacerse; mientras que cierto es que los observadores comunes, debido a su poca sensibilidad, excepto allí cuando se les ha advertido qué esperar, fallarán generalmente al intentar reconocer aquello que existe en el más conspicuo esplendor. En este caso, ciertamente no hizo daño al objeto de la expectativa el hecho de que se me advirtiera la magnificencia de aquello con lo que iba a encontrarme. La recomendación, en principio, me puso a aguardar cualquier eminencia y majestuosidad que pudiese haber en su apariencia personal; llegado el momento, esto apareció con tal exceso, superando por tanto cualquier cosa que yo hubiese conocido jamás en mi experiencia, que ninguna expectativa que fuera posible poner con palabras hubiese podido resultar defraudada.

Estos pensamientos viajaban a la velocidad de la luz en mi cerebro, al tiempo que en una fugaz mirada mis ojos se posaron sobre esta forma suprema de belleza y poder que parecía haberse desmontado de una nube para presentarse ante mí. El poder, y la contemplación del poder, en cualquier encarnación absoluta de grandeza o exceso, tiene necesariamente el instantáneo efecto de sofocar toda perturbación. Mi compostura fue restaurada en un momento. Lo miré fijamente. Ambos nos inclinamos. Y, en el momento en que alzó su cabeza luego de esa inclinación, yo atrapé la mirada de su ojos; unos ojos semejantes que sólo podían haber sido buscados para una cara de igualmente nobles facciones

*“Combinando la naturaleza de las estrellas
con aquello que habita en los cielos de verano;”*

y, por lo tanto, hecho por naturaleza para ser residencia y órgano de serenas y apacibles emociones; pero me sorprendió, al tiempo que casi me llenó más de consternación que de piedad, el observar que en esos ojos un atisbo de tristeza se había instalado más profundo de lo que parecía posible para un joven, o casi conmensurable para una pena humana; una

tristeza que le asentaría a un profeta judío al encontrarse abrumado por la aflicción.

Dos meses habían transcurrido ahora desde la llegada del Sr. Wyndham. Él fue universalmente presentado a la más alta sociedad del lugar y, casi no me es necesario decirlo, siempre recibido con gratitud y distinción. En realidad, su riqueza e importancia, sus honores militares y la dignidad de su carácter, expresados por sus modales y conducta, eran demasiado eminentes como para permitir que se lo tratara con menos que la más alta atención en cualquier sociedad que fuera. Pero el efecto de todas esas ventajas, alentadas y sugeridas como estaban por una belleza personal tan preciosa, fueron en algún modo demasiado potentes para la comodidad y tranquilidad de la gente común; y realmente excedieron en un penoso grado las normales pretensiones bajo las cuales dichas personas podían sentirse bien con ellas mismas. Él no era por naturaleza una persona reservada; lejos de esto. Era bien dispuesto y efusivo, sincero y confidente, en principio; y su errante, aventurera vida, de la cual bastante más de la mitad había transcurrido en las campañas, le había comunicado a sus modales una franqueza por demás militar. Pero la profunda melancolía que lo poseía, cualquiera fuera su causa, generaba necesariamente la libertad natural de su comportamiento, excepto cuando era reanimada por la fuerza de la amistad o por el amor. El efecto fue incómodo y embarazoso para todos. Las voces siempre se silenciaban o vacilaban cuando él entraba a un lugar -un silencio de muerte era el resultado-ningún ojo lo apuntaba directamente, sino que, sumidas en la timidez, las miradas se posaban en el suelo; y las jóvenes damas realmente perdieron el poder, durante un tiempo, de hacer más que murmurar algunos sonidos y sílabas confusos y a medio articular. De hecho, la solemnidad de la primera presentación y la expresa imposibilidad de recuperar pronto una libre y poco penosa conversación, creaba escenas realmente angustiantes para todo aquel que participara de ellas, tanto para sus protagonistas como para sus espectadores. Ciertamente este resultado no fue un efecto puro de la belleza masculina, ante todo heroica, y en todo caso excesiva: provenía, en parte, de los muchos y extraordinarios dotes que se concentraban en su persona, no menos debidos a la fortuna que a la naturaleza; en parte también, como he dicho, de la profunda tristeza y escalofriante gravedad de los modales del Sr. Wyndham; pero, asimismo, aun más del perturbador misterio que rodeaba esa tristeza.

¿No había allí, entonces, ninguna excepción a este estado de monumental admiración? Sí; al menos una en cuyo seno el hechizo de todopoderosa pasión pronto derritió hasta el último trazo de helada reserva. Mientras el resto del mundo evidenciaba una confusa sensación de pavor frente al señor Wyndham, Margaret Liebenheim sólo prestaba oídos a un sentimiento tan maravilloso que únicamente podía ser destinado a ÉL. Jamás existió tan victoriosa conquista intercambiada entre dos corazones juveniles; jamás semejante rapto de instantánea armonía. Yo no presencié el primer encuentro de este misterioso Maximilian y esta magnífica Margaret, y desconozco si Margaret manifestó esa trepidación y desconcierto que acongojaban a tantas de sus jóvenes rivales; pero, si así sucedió, debió desaparecer luego de la primer mirada de los ojos del joven muchacho, que debió interpretar, más allá de todo malentendido, el homenaje de su alma y la rendición de su corazón. Su tercer encuentro sí lo presencié; y allí cualquier sombra de vergüenza se había desvanecido, excepto, de hecho, la de esa vergüenza que se adhiere a una vehemente admiración. Por el lado de Margaret, parecía que un nuevo mundo había amanecido sobre ella, diciéndole que no sabía tanto como creía acerca de las capacidades de la experiencia

humana. Se sentía un pájaro, con poderes para remontarse y volar que nunca antes habían sido ejercitados ni comprendidos y que jamás, hasta entonces, habían encontrado un elemento etéreo capaz de sustentar sus alas, o tentarla a poner delante de ella sus más ligeros instintos. Él, por su parte, veía por primera vez realizarse sus sueños, y por una mera posibilidad que hacía tiempo contemplaba muy profundamente -temiendo, no obstante, que en su propio caso esto podría terminar comprobándole una quimera o el hecho de que quizás nunca conocería a una mujer que respondiera a las demandas de su corazón-, había hallado ahora una realidad que se correspondía con ello y no dejaba ya otra cosa que perseguir.

Aquí, entonces, y hasta ese momento, nada excepto felicidad había resultado de esa nueva relación. Pero si esto había sido poco anticipado por muchos, tanto menos había yo, por mi parte, previsto la infeliz revolución que se forjaba en la naturaleza toda de Ferdinand von Harrelstein. Él era hijo de un Barón alemán; hombre de buena familia pero de pequeña hacienda, que había estado muy cerca de ser un soldado de fortuna en el servicio prusiano y que había, más tarde en su vida, ganado el suficiente apoyo del rey y de otros superiores militares para lograr la temprana perspectiva de obtener un nombramiento, bajo prometedores auspicios, para su único hijo -un hijo cariñoso con él como compañero en años de poca prosperidad y un niño debidamente afectuoso. Ferdinand poseía aun más motivos para el afecto de su padre: sus rasgos preservaban en la fiel remembranza del Barón, la más pura y viva memoria de esa angelical esposa que había muerto al dar a luz a su tercer hijo -el único de ellos que la sobrevivió largamente. Ansioso por iniciar a su hijo en algún curso regular de instrucción en matemáticas, algo que cobraba anualmente cada vez más importancia en los servicios de artillería de toda Europa, y por prodigarle nociones en otros estudios liberales que él lamentaba haber descuidado en su propia carrera militar, el barón eligió enviar a su hijo durante los últimos siete años a nuestro colegio, hasta entonces, cuando se acercaba a sus veintitrés años. Por el espacio de los últimos cuatro, él vivió conmigo como el único pupilo que tenía a mi cargo, o pensaba tener, hasta que los brillantes propósitos del joven guardia ruso me persuadieron de claudicar en tal resolución. Ferdinand von Harrelstein poseía buenos talentos, no deslumbrantes, pero sí respetables; y tan afables eran sus modales y temperamento que yo lo presentaba dondequiera que iba, y siempre era allí el favorito; por cierto que en todos lados, excepto precisamente allí donde, en todo este mundo, carecía de acogida. Margaret Liebenheim; ella era lo que él amaba, y había amado por años, con toda la pasión de su ardiente alma; era por quien, o para quien, hubiese muerto gustosamente. De inmediato, sintió que en manos de ella reposaba su destino; que ella debía ser su genio divino o su genio malvado.

Al principio, y acaso también al final, lo compadecí extremadamente. Pero mi compasión pronto cesó, para confundirse con respeto. Antes de la llegada del Sr. Wyndham, se había mostrado generoso, ciertamente magnánimo. Pero nunca hubo más dolorosa caída de una noble naturaleza como la que él mismo manifestaría. Creo que ni siquiera él sospechó la fuerza de su pasión; y su único recurso, como a menudo he dicho, fue el de abandonar la ciudad para empeñarse activamente en distintas empresas, ambiciones o cuestiones de ciencia. Pero él me escuchó tanto como podría haberlo hecho un sonámbulo, soñando con los ojos abiertos. A veces daba muestras de arrobamiento, resolución, temor, agitación; a veces rompía en maniáticos impulsos de cólera, invocando a personas ausentes, rezando,

suplicando, amenazando a algún etéreo fantasma; a veces se escurría en solitarios rincones, murmurando consigo mismo, y con gestos dolorosamente significativos, o con sonidos y reproches que moverían a compasión al más insensible. Aun así, prestó oídos sordos al único consejo práctico que tuvo la chance de llegar a ellos. Como un pájaro bajo la fascinación de una serpiente de cascabel, él no lograría reunir la energía en su interior para lograr el esfuerzo de alejarse volando. “¡Vete mientras puedas!”, decían otros, al igual que yo, que había visto lo suficiente como para temer alguna terrible catástrofe. “¡No nos dejes caer en tentación!”, le decía su confesor al alcance de mi oído (porque, aun siendo prusianos, los Von Harrelsteins eran Católicos Romanos), “¡no nos dejes caer en tentación!”: esa es nuestra oración diaria a Dios. “Y cuando, hijo mío, cayeras en la tentación, no persistas en ella, niégate, casi tentado a la tentación. Prueba los efectos de la abstinencia, al menos por un mes.” El buen padre hizo incluso la propuesta de imponerle una penitencia, que involucraría la abstinencia durante cierto tiempo. Pero se vio obligado a resignarse; pues notó que, en lugar de hacerle algún bien, sólo añadiría desobediencia espiritual a las otras culpas del joven. El propio Ferdinand dirigió su atención a *esto*, diciendo: “¡Reverendo Padre! Podría ser usted mismo, con el propósito de alejarme de la tentación, el instrumento que me tentara a rebelarme contra la Iglesia. No ponga usted obstáculos en mi camino; estos ya están allí, y son muchos.” El viejo, con un suspiro, desistió.

Luego sucedió que... ¡pero basta! De la lástima, de la compasión, de los consejos, del consuelo, del desdén... de cada una de esas cosas similares el pobre ciervo agobiado se “refugió en el yermo”, errando durante días en los lugares más solitarios del bosque; deambuló, como aún yo esperaba y rezaba por ello, con un buen propósito y por un largo adiós. Pero, ¡ay!, no: aun así volvió de este recorrido por su desmoronada felicidad y sepultadas esperanzas, a cada regreso, viéndose más como las ruinas de su anterior persona; y en cierta ocasión pude oír la penetrante observación de un monje, cuyo monasterio se erguía cerca de las puertas de la ciudad: “Allí va alguien igualmente preparado para hacer o para sufrir, y de quien pronto habremos de escuchar que se ha visto envuelto en una gran catástrofe; que puede ser de profunda calamidad; que puede ser de memorable culpa.”

Tales eran las cosas que estaban sucediendo. Enero llegaba a su fin; el clima se hacía más y más invernal, fuertes vientos y un intenso frío recorrían nuestras angostas calles; y aún así, el espíritu de festividad social se alzaba desafiante a las tormentas que cantaban a través de nuestros antiguos bosques. Por el accidente de que nuestra magistratura fuera nombrada por los comerciantes de la ciudad, las hospitalidades del lugar fueron más abundantes de lo que de otro modo hubieran sido; para cada miembro de la corporación fueron designados oficialmente, en su nombre, dos eventos anuales. Y tal fue la rivalidad que prevaleció que, con frecuencia, una cuarta parte de los ingresos de todo del año fue utilizada para esas galas. Con todo, nada de ridículo había en lo ocurrido hasta aquí; lo costoso de todo este entretenimiento era entendido como una expresión de orgullo *oficial*, en honor de la ciudad, y no como un esfuerzo de ostentación personal. Ocurrió luego que, merced al espíritu originado en esos bailes de mitad de año, ofrecidos en nombre de la ciudad, cada forastero de categoría era considerado como un invitado de privilegio, y la hospitalidad de la comunidad era igualmente afrentada por caer en falta respecto de no ofrecer o de no aceptar la invitación.

Desde aquel momento, el guardia ruso sería presentado a varias familias que de otra forma no hubieran contado nunca con tal distinción. Durante el anochecer al que ahora me aproximo, el del veintidós de enero de 1816, la ciudad entera, en sus clases más acaudaladas, se había formado en asamblea bajo el techo de un comerciante con el corazón de un príncipe. Nuestro entretenimiento fue soberbio en todo aspecto, y yo he remarcado que la música fue la más delicada que hubiera escuchado por años. Nuestro anfitrión se hallaba invadido por un espíritu de júbilo; orgulloso de reconocer la espléndida compañía que había reunido bajo su techo; feliz de presenciar su felicidad; regocijado con su regocijo. Alegre fue el baile -alegres eran todos los rostros que vi- cerca de la medianoche, luego del cual muy pronto fue anunciada la cena, y que también, creo, fue el más alegre de todos los banquetes que alguna vez hubiera presenciado. El discreto guardia se opacó a sí mismo en esplendor; incluso a su relajada melancolía. De hecho, ¿de que otro modo podría haber sido?; cerca suyo se hallaba sentada Margaret Liebenheim -usando las palabras de él- más radiante y cautivadora de lo que jamás la hubiese contemplado. Allí había sido ubicada por el anfitrión, y todos sabían por qué. Ese es uno de los lujos vinculados al amor; todos los hombres ceden sus lugares con placer; las mujeres hacen camino. Incluso ella misma sabía, aunque no estaba obligada saberlo, por qué había sido sentada en ese sitio; y tomó su lugar, si bien con las mejillas tenuemente ruborizadas, con el corazón aun más pleno de alegría.

El guardia presionó hacia adelante, como en solicitud, la mano de la señorita Liebenheim para el baile siguiente; un movimiento que ella fue pronta en complacer, aunque buscó amparo tras una o dos personas, de otra que parecía dirigirse directo hacia ella. Nuevamente, la música comenzó a hacer fluir sus voluptuosas mareas a través de las aceleradas palpitations de la joven compañía; nuevamente, los livianos pies de los bailarines comenzaron a responder a los compases; nuevamente, el espíritu cabalgante del deleite comenzó a llenar el viaje de la apresurada noche con continua inspiración. Todo transcurría felizmente. Apenas había finalizado un baile; algunos paseaban por el lugar, tomados del brazo de sus compañeros; otros se reponían de sus esfuerzos; cuando... ¡Por todos los cielos! ¡qué alarido! ¡qué alboroto se formó!

Cada ojo se dirigió hacia las puertas -cada ojo se esforzó por descubrir aquello que entraba. Pero allí, a cada momento, menos podía verse con la creciente muchedumbre que se interponía más y más en esa visión; mucho mayor fue el escándalo debido a los gritos que multiplicaban a los gritos. La señorita Liebenheim bajó hacia el lugar del tumulto. Por su altura superior, veía por encima de todas las mujeres detrás de las que estaba parada. En el centro se hallaba una joven campesina cuyas facciones le eran familiares desde hacía algunos meses. Había llegado recientemente a la ciudad, y vivía con su tío, un comerciante -a no más de diez puertas de la propia residencia de Margaret-, un poco en términos de su relación de parentesco, otro poco a prueba como criada. En ese momento se encontraba exhausta por la agitación y la naturaleza de la conmoción vivida. Simple pánico parecía haberse apoderado de ella, y estaba recostada, inconsciente y sollozando sobre el hombro de algún caballero que se esforzaba por calmarla. Un silencio de horror parecía haber poseído a la compañía, de la cual la mayor parte seguía desconcertada en cuanto a las causas de la alarmante interrupción. Unos pocos, no obstante, quienes habían oído sus primeras agitadas palabras, viendo que esperaban en vano por alguna explicación más completa, embistieron desordenadamente fuera del salón de baile a satisfacer aquello en ese lugar. La distancia no era mucha, y al cabo de cinco minutos varias personas regresaron precipitadamente, y exclamaron al grupo de damas que todo lo que la joven había dicho era

verdad. “¿Qué era verdad?”. Que la familia de su tío, el señor Weishaupt, había sido asesinada; que ni un solo miembro de la familia se había salvado -a saber; el propio señor Weishaupt y su esposa, ninguno de ellos muy por encima de los sesenta, pero ambos achacosos para su edad; dos hermanas solteras del señor Weishaupt, de cuarenta a cuarenta y seis años de edad, y una anciana doméstica.

Un incidente ocurrió durante la narración de esos horrores y de los detalles que le siguieron, que proporcionó material para conversación incluso en esas horas en que un interés tan conmovedor había poseído todas las mentes. Muchas damas se debilitaron, incluso la señorita Liebenheim, -que hubiese caído al piso de no ser por Maximilian, quien brincando hacia adelante la tomó por los brazos. Tardó bastante en volver en sí misma y, durante la agonía de su incertidumbre, él se inclinó y besó sus pálidos labios. Esa escena fue más de lo que podía tolerar alguien que se hallaba parado un poco detrás del grupo. Ésta embistió hacia adelante, con los ojos fulgurando como los de un tigre, y asestó un golpe a Maximilian. Era el pobre, desquiciado, Von Harrelstein, que había estado ausente en los bosques por una semana. Muchas personas se adelantaron y observaron su brazo, alzado como para repetir aquel ultraje. Uno o dos pudieron imponerse a él y lograron llevárselo del lugar; mientras tanto, Maximilian, tan absorto se encontraba que casi no había percibido el agravio en su contra. Margaret, volviendo en sí, estaba confundida al verse situada a ella misma en medio del gran amontonamiento de gente; con todo, algunos puritanos se quejaban de que había una mirada de amor intercambiada entre ella y Maximilian, que no podía permitirse en semejante situación. Si ellos, con ‘semejante situación’, se referían a una tan pública, también debe ser mencionado que se trataba de circunstancias de excesiva agitación; pero si ellos aludían a los horrores del momento, ninguna situación abre más naturalmente el corazón al afecto y la confianza que las surgidas de escenas de exquisito terror.

Un reconocimiento se realizó esa noche frente a los magistrados, pero todo fue oscuro; no obstante, existieron sospechas vinculadas a un negro llamado Aaron, quien ocasionalmente había sido empleado para servicios de criado por la familia, y se encontraba en la casa inmediatamente después de los asesinatos. La circunstancias fueron tales que dejaron a todas las personas en completa perplejidad respecto de la presunción por y en contra de él. Su modo de defensa y su comportamiento en general estaban marcados por la más fría, sino la más irónica indiferencia. La primera cosa que hizo al conocer todas las sospechas en su contra fue reír ferozmente y, en apariencia, de la forma más sincera y natural. Alegó que, un pobre hombre como él ¿hubiese abandonado todas esas riquezas como las que aún había diseminadas visiblemente dentro de esa casa -relojes de oro, valiosa vajilla, tabaqueras de oro-, intactas? Ese argumento, ciertamente, pesó mucho a su favor. Y, nuevamente, fue vuelto en su contra, cuando el magistrado le preguntó cómo era que *él* sabía ya que nada había sido tocado. Ciertamente era -y un hecho que enigmatizaba no menos de lo que pasmaba a los magistrados-, que, tras su examen de las premisas, muchos opulentos artículos de joyería, alhajas y ornamentos personales fueron hallados descansando inmaculados y, aparentemente, en sus sitios habituales; artículos tan portátiles que hasta en la más precipitada huída cualquiera podría haberlos cogido. Había, en particular, un crucifijo de oro enriquecido con joyas tan notables y extrañas que por sí solo constituía un botín de gran magnitud. Aun así permaneció intacto, suspendido en el pequeño oratorio que tan magníficamente había adornado la mayor de las hermanas solteras. Allí había un altar, en sí mismo un objeto espléndido, amueblado con artículos individualmente de los más costosos

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

